

Cuando aúllan los lobos

Fue la única hija, querida y deseada de una familia de buenos recursos que le ofrecieron una excelente educación. Pero la pequeña mimada nunca imaginó que le tocaría vivir el exterminio de la Shoá y eso, además de cambiar su vida, la obligó a enfrentarse a los más terribles lobos, a los que sobrevivió con la única convicción de dar testimonio del horror que experimentó, y para honrar el recuerdo de los familiares que se quedaron entre las cenizas del campo



Hedy Katz era una niña poco convencional: leía los periódicos con gran avidez a pesar de tener sólo diez años. Fue por ello que Hedy ya veía avecinarse los vientos de guerra que les acechaban. Su padre, Itzjak Deutch, era un hombre muy preparado que para la época de la Primera Guerra Mundial, pues ya había terminado el bachillerato, tal vez las inquietudes intelectuales de Hedy las heredó de su padre.

Su familia tenía tres generaciones en Transilvania, en la ciudad de Sighet, donde llevaban una vida sin mayores contratiempos que los cambios constantes que vivía la región de Bucovina, pasando en varias ocasiones de ser territorio de Rumania, Ucrania o de Hungría. Pero como la gran mayoría de los judíos que vivieron la Segunda Guerra Mundial en Europa la tragedia tarde o temprano los alcanzaría.

EL ÚLTIMO PÉSAJ

Hedy aún recuerda el momento en que los alemanes anexaron Checoslovaquia porque ella, junto a una de sus tías, organizaba todo para la fiesta de *Sucot*, pues los aviones pasaron sobre su casa camino a Rusia, cada día la guerra las rodeaba aun más. La división que hicieron de Transilvania los alemanes, entregando una parte a los húngaros y otra a los rumanos, hizo que Sighet fuera parte de Hungría nuevamente. Hedy hoy asegura con tristeza: «A lo mejor los que se quedaron con los rumanos tuvieron mejor suerte, porque los húngaros eran peores que los alemanes, esa es la experiencia de muchos familiares».

En marzo de 1944 los alemanes ocuparon Hungría y para entonces Hedy cursaba la secundaria en un colegio judío inglés; sus padres, temerosos de la situación de antisemitismo que era cada vez más evidente, la llamaron para que regresara a casa. Ella relata con nostalgia que a su retorno «festejamos todos juntos, la familia, mis abuelos, bisabuelos, mis padres, yo... la fiesta de *Pésaj* en abril, ese fue nuestra última Pascua». Ella no podía creer que los rusos que estaban al otro lado de los campos, permitieran algo tan terrible, además porque ya se sabía que la guerra comenzaba a tocar su fin.

Pero la mala suerte finalmente los alcanzó cuando los alemanes decidieron implementar la *Solución final*. Primero, dos oficiales fueron asignados a cada casa, Hedy asegura que cuando los militares llegaron a su hogar comprendió que no todos eran malos, ella recuerda: «Preguntaron si no teníamos conocidos adonde escondernos, había tanta confianza y eso que eso se consideraba traición a la patria, pero de ninguna manera nosotros quisimos saber nada de eso. Mis padres y mis abuelos fueron gente muy honrada».

Luego la familia fue reubicada en el gueto que formaron en la



Hedy después de la guerra



Año 1942 ■

ENERO: Se organiza la resistencia judía y los grupos partisanos en Vilna y Kovno.

20 DE ENERO: Se realiza la conferencia de Wansee, en Berlín, donde los oficiales nazis establecen los planes para la *Solución final*.

24 DE FEBRERO: El barco Struma, con refugiados judíos de Rumania, no obtiene el permiso británico para llegar a Palestina. Lo hunden en el Mar Negro y todos los pasajeros o refugiados mueren ahogados.

16 DE MARZO: Se establece la operación Reinhard, con la cual se inicia la liquidación de los judíos polacos. Se realizan los primeros transportes de judíos a los campos de la muerte de Belzec, Sobibor, Majdanek y Treblinka.

22 DE MARZO: Primeras deportaciones de judíos de Eslovaquia y Francia a Auschwitz.

2 DE JUNIO: La BBC de Londres informa de la liquidación de 700 mil judíos en Chelmno y otros campos de la muerte.

9 DE JUNIO: Los asesinatos con gases de escape de vehículos comienzan en Riga, Letonia.

10 DE JUNIO: Se liquida todo el pueblo de Lidice en Checoslovaquia en venganza por el asesinato de Heydrich. Se efectúan igualmente redadas de judíos en Praga y Berlín.

14 DE JULIO: Comienza la deportación masiva de judíos holandeses a Auschwitz, seguido por judíos de Bélgica y Luxemburgo.

22 DE JULIO: Comienza la deportación de los judíos de Varsovia al campo de la muerte de Treblinka.

28 DE JULIO: Se forma el comando de judíos en la clandestinidad en el gueto de Varsovia.

8 DE AGOSTO: Gerhard Riegner, representante del Congreso Judío Mundial, en Ginebra (Suiza) envía telegramas a los gobiernos británico y estadounidense informándoles sobre la *Solución final*.

15 DE OCTUBRE: Horrendas matanzas de judíos por la SS en Brest-Litovsk, hoy Bielorrusia.

25 DE OCTUBRE: Comienza la deportación de judíos noruegos a Auschwitz, a pesar de la resistencia y algunas rutas de escape proporcionadas por algunos noruegos de la resistencia.

«Uno no podía pensar que algo tan diabólico como lo que nos hicieron pudiera pasar por la cabeza de nadie... pero a veces la realidad nos sobrepasa»



ciudad, se hospedaron en casa de una amiga. Tuvieron que vivir cerca de diez personas en un cuarto, y con el paso de los días se vieron obligados a racionar la comida para poder alimentar a los niños y a los ancianos. Durante ese tiempo, Hedy iba a colaborar con los enfermos al hospital del gueto donde trabajaba un primo suyo, Zoltan Guttman, quien a larga tendría un papel muy importante en su salvación.

Días más tarde llegó la deportación definitiva. «Dijeron que iban a reunir a la gente y nos iban a llevar a trabajar para los alemanes, que allá íbamos a tener todo: casa, trabajo y comida. La gente no les creyó, pero querían tener la ilusión de que iba a llegar un momento cuando uno se podía salvar». No fue así.

MIRADAS DE DESTIERRO

30

Hedy cuenta: «Un domingo en la mañana reunieron a toda la gente y nos llevaron al tren. En la calle había dos filas de personas mirando cómo llevaban a los judíos, tal vez ellos sabían adónde íbamos. Ese sentimiento no lo puedo describir, pensé: “no me importa, pero que me lleve a un buen lugar”; yo fui fatalista toda mi vida, y estaba segura de que “lo que va a pasar, pasará” y no me importaba, yo quería estar con mis padres, y no me quería esconder».

La gente que estaba parada junto al tren no hablaba, pero Hedy, quien entonces era una joven de unos diecisiete años, aún hoy no olvida esos rostros, algunos especialmente: «Había gente que nos escupió y había quien lloró. Pero recuerdo que vi la cara de mi médico, mi pediatra, él estaba allí impotente porque no podía hacer nada, nada».

■ Cuando el tren se puso en marcha, Hedy tenía el corazón lleno de vagas ■ esperanza, deseaba que el viaje fuera corto, pero la jornada estuvo marcada por la desolación de sus padres y por las palabras funestas de su abuelo quien gritaba en yidish: «hijos míos, ustedes no saben que todo está ardiendo, nos van a quemar, nos van a llevar y nos van a quemar a todos». Lamentablemente el abuelo no se equivocaba.

El viaje duró tres terribles días. Estaban de pie, sin agua ni comida. Ya en Polonia, algunas personas, a pesar de la seguridad de los guardias, se

acercaban a los trenes y les daban agua. Así lograron llegar vivos a campo de exterminio de Auschwitz-Birkenau. Al abrir las puertas de los vagones cayeron los cadáveres de los que no sobrevivieron al viaje, algunos se asfixiaron. Hedy recuerda que el hedor en los vagones era insoportable.

Hedy cuenta lo que ocurrió al bajar del tren: «Yo tomé la mano de mi mamá y no la solté y ella agarró la de su mamá, pero vinieron los que sacaban a la gente de los vagones -eran polacos judíos, ellos hacían el trabajo sucio, pues estaban condenados- y se llevaron a mis abuelos y bisabuelos... nunca más los volví a ver. Tampoco a mi padre, porque aunque él sobrevivió a la selección, fue a otro campo de trabajo».

A LA ESPERA DE LA ÚLTIMA SINFONÍA DE BEETHOVEN

Una vez en campo, a Hedy y a su madre les marcaron números en los brazos y las llevaron a cortarse el cabello, después a desinfectarlas. «Nos metieron en un cuarto y por suerte no llegó el gas Zyklon B, llegó agua, porque a la gente del siguiente transporte no les llegó el agua sino el gas y todos murieron».

Hedy recuerda que las recibieron con música y leyó un letrero que decía *Arbeit macht frei* (el trabajo los hará libres), una gran ironía porque los largos meses que Hedy pasó en el campo de concentración de Birkenau sólo fueron de esclavitud y dolor.

Hedy fue asignada junto a su madre a una misma barraca: allí había gente de muchas nacionalidades: polacos, yugoslavos, griegos, húngaros, entre otros. A partir de entonces todos los días a las cinco de la mañana los levantaban para ir a trabajar, todos los días les daban una taza de café y 100 gramos de pan. Los trabajos eran forzados en las carreteras y ríos, había que usar palas y picos, pero Hedy estaba dispuesta a sobrevivir por encima de todo y aprendió a soportar el peso de los instrumentos. Recuerda que algunas amigas suyas del campo no resistieron. «Se acostaron y ya no volvieron a la vida».

Su firme disposición la mantuvo en pie: «Yo decidí que iba a sobrevivir, porque alguien tenía que quedar para contar todo lo que pasó. Entonces la gente no podía tomar la comida, la sopa y lo que la gente dejaba yo me lo metía en la boca, y así sobreviví».

Hedy hoy dice que aún recuerda la voz de una señora judía enloquecida que les gritaba: «Malditos, ¿por qué vinieron acá? Ustedes estaban en su cama durmiendo como señoritas, mientras acá nosotras moríamos como moscas. Aquí había cientos de miles y sólo quedamos nosotros, pero no importa, ahora también ustedes están aquí y vean allá el humo de los hornos, por allá están saliendo sus abuelos y sus madres». Hedy dice que el sufrimiento y la criminalidad fueron terribles: «Se sentía cómo la carne quemada salía de los crematorios».

Hedy descubrió el verdadero valor de la libertad en las largas noches sin sueño en el campo de Birkenau, cuando a lo lejos podía escuchar el ladrido de los perros que tenían los nazis en Auschwitz, en ese momento pensó que esos animales eran mucho más felices que ellos, porque nadie les podía impedir ladrar.

Los días pasaban y Hedy esperaba que la llegada de los rusos o los aliados estuviera cerca. Pero el invierno se avecinaba con su frío aterrador. Hedy llevaba meses escondiendo una parte de su ración de pan diaria para poder cambiarla por un par de zapatos para su mamá, que se los daría para su cumpleaños número 39, el 15 de diciembre. Pero el regalo nunca llegó porque el terrible frío de aquel invierno le congeló la pierna y Hedy fue llevada a la enfermería y su madre fue trasladada en la marcha forzada de diciembre al campo de Ravensbruck y allí murió. «Me separaron de mi madre y eso fue la cosa más dolorosa que me hicieron».

Tiempo después, Hedy se enteró por un pariente que su padre también había muerto en Großrosen. Ella relata: «A mi papá le gustaba la palabra “justicia”; un día los alemanes comenzaron a pegarle a un hombre, cuando él vio lo que pasaba se salió de la fila y agarró al alemán y enseguida lo fusilaron, tenía 46 años».

Un día un muchacho le trajo un paquete; se lo enviaba su primo Zoltan Guttman quien trabajaba en un comando con otros médicos que estaban encargados de sacarles el oro de los dientes a los cadáveres. Zoltan se enteró de que Hedy estaba viva en ese campo y ella relata: «Me mandó un paquetico con comida: mermelada, huevo y un poco de salchicha; me lo entregaron con peligro de muerte. Además me escribió una carta, las cosas que me dijo quedaron aquí en mi mente ‘un hombre es más fuerte que el miedo y puede aguantar cien veces más que el miedo’». Su primo tampoco sobrevivió, pero fue parte del aliento de Hedy para seguir con vida.

Ya para enero los alemanes estaban en retirada aunque el campo de concentración no había sido liberado. Hedy relata entre risas de alegría que fue cuando escuchó la más hermosa sinfonía que hubiera oído jamás «de noche se escuchaban las armas de fuego de los rusos, y un día, sin miedo, me subí al techo de la barraca y oí ese cañonazo de *katiusha*, el ruido de la guerra, y dije: “Di-os mío, me permitiste oír la novena sinfonía de Beethoven, está rugiendo todo”. Ese fue el mejor concierto que yo he oído en mi vida yo he ido a muchos lugares, hasta la opera en París, pero nunca oí un concierto como ese».

UNA NOCHE EN EL BOSQUE

El campo fue liberado ese día, y los alemanes huyeron, así que Hedy y un grupo de jóvenes tomaron la comida que encontraron y partieron a casa con la esperanza de encontrar con vida a algunos de sus parientes. Fueron tres meses de viaje entre la nieve a los que Hedy no sabe cómo sobrevivió con una pierna congelada, para cubrir el trayecto había tomado una bota de un alemán y un abrigo y con eso viajó. El recorrido de diez mil kilómetros lo hicieron en ocasiones en tren, a veces a pie y otras en camiones rusos.

Un día, poco antes de llegar a su ciudad natal, Hedy y sus compañeros estaban en el bosque y trataban de llegar a un pueblo cercano antes de que se hiciera de noche, pero no lo lograron. Ella aún recuerda que a lo lejos se escuchaban los aullidos de los lobos y atemorizada pensó: «Después de tanto sufrimiento que nos vayan a matar los lobos, yo debo tener una razón para la vida porque yo me liberé». Ella pasó por las más terribles experiencias, había enfrentado a otros lobos más peligrosos que los del bosque, así que una vez más sobrevivió.

Al fin llegó a Sighet, y fue la primera chica judía en regresar. Un par de muchachos la llevaron con ellos y la cuidaron. Luego fueron a un restaurante de su ciudad que estaba repleto de rusos y ella se sintió asustada, pero alguien le indicó que fuera a una mesa y allí encontró a quien había sido su novio. Estaba ebrio y entristecido por la muerte de casi toda su familia. Él no podía creer que ella hubiera sobrevivido, Hedy cuenta: «Cuando me vio toda la borrachera se le quitó, y me dijo “no puede ser, ¿estoy soñando o estoy despierto?”».

Hedy se quedó con un primo que se había salvado, hasta que se casó. Pasó 18 años con su esposo viviendo en Sighet, allí tuvo dos hijos. Pero, aunque su marido era economista y tenía un buen trabajo en una maderera, vivían bajo un gobierno comunista y cada día esperaban que llegaran sus pasaportes para poder emigrar, los documentos nunca llegaron. Pasado el tiempo un familiar del esposo de Hedy los ayudó a salir, fueron a Montreal y de allí a Venezuela, que les ofreció cobijo.

Hoy Hedy tiene unos 40 años aquí y dice: «Este país ha sido un bendito país, yo adoro a Venezuela por todo lo que tengo y cómo nos recibieron. Ahora las cosas han cambiado y está muy dividido, pero a mí no me importa, yo lo quiero porque me dio posibilidades». Los dos hijos de Hedy estudiaron con becas que les ofreció el Estado venezolano. Ella asegura «Yo no puedo quejarme porque la vida después me dio muchas cosas buenas».



Hedy y sus hijos Roberto y Gabriel

La imprenta por fin comenzó a andar, y a pesar de que por un lado escupía sin cesar panfletos que acusaban a los hebreos narigudos de corromper el alma cristiana de Europa, y justificaban así su muerte, por extraña ironía, por el otro, dos corazones se alegraban porque aquello significaba la supervivencia, aunque ésta sólo fuera para el corto plazo, pues aquellos dos hombres, igualmente narigudos, se encontraban a las órdenes de Josef Schwammburger, uno de los criminales nazis más connotados y sanguinarios destacados en los campos de concentración de Polonia.

Stephan Horszowsky era uno de esos dos hombres que sobrevivía «gracias» a la propaganda nazi. Cuando era muchacho, su padre se había empeñado en darles educación a todos y cada uno de sus seis hijos, haciendo de ellos abogados, ingenieros mecánicos, economistas, y profesores de filosofía. Como último de los varones, León Horszowsky decidió que Stephan tomara una carrera práctica y así se especializó en artes gráficas, para que se ganara la vida, lo que resultó ser más que cierto, pues eso le permitió salvarla.

La historia transcurrió en el gueto de Przemysl, una ciudad donde vivían aproximadamente 24 mil judíos, cercana a la antigua frontera con Hungría y a Ucrania. «Cuando los alemanes se enteraron de que los rusos estaban cerca, decidieron vaciar el gueto. Así, ellos dividieron a la gente en dos categorías: los “inútiles”, que fueron mandados a Bélzec, donde los exterminaron; y a los que trabajaban, que nos mandaron a un campo comandado por [Josef] Schwammburger. A mi padre y a una de mis hermanas les tocó lo primero, a mí y a mi esposa, lo segundo. Había quienes trabajaban en el campo, en la sección A, y otros en la sección B, que eran quienes tenían que salir de él para laborar. Yo estaba en el A. Un día vino un oficial alemán, que luego resultó ser Schwammburger, pidió alguien que supiera de impresión y me seleccionaron a mí. Mi tarea consistía en rescatar una máquinas de imprenta, que estaban hechas casi chatarras, y ponerlas a funcionar. Hice llamar a un amigo mío, quien pensó que ya le había llegado la hora cuando oyó su nombre de boca de los nazis, y al cabo de unos meses, ya estábamos imprimiendo».

EL HOMBRE QUE SABÍA DE IMPRESIONES

32

Stephan nació en 1909 en Stry, un poblado de 20 mil habitantes (cinco mil de ellos judíos) cerca de Lémborg, Lviv o Lwow, una ciudad polaca de la región de Galizia, hoy en manos de Ucrania. Su relación con Przemysl comenzó aún siendo niño, cuando su padre se trasladó con toda la familia desde Stry, situación que duró cuando su hija mayor llegó a la edad universitaria, y por ello se trasladó de nuevo a Lémborg para que allí estudiaran todos. Luego Stephan conoció a Rosalía, con la que se casó en 1934, y con ella se fue a Cracovia, hacia la parte occidental de Polonia, donde trabajó en un periódico, en el que a pesar de estar en contacto con la información, nada les hacía sospechar de lo que ya le estaba ocurriendo a las comunidades judías del resto de Europa.

Sin embargo, se hablaba en las calles de Cracovia sobre el odio de los alemanes y de sus consecuencia. Por ello, a principios de septiembre de 1939, cuando los soldados ocuparon esa ciudad y la convirtieron en la capital del *Generalgouvernement*, una especie de colonia de Alemania, muchos miles de judíos huyeron hacia el este: Galizia, Rumania y la Unión Soviética. Entre ellos iban Rosalía y Stephan, quienes regresaron así a Przemysl, donde la muchacha tenía un hermano, y él, a su hermana mayor.

Quince días después de iniciada la invasión a Polonia, los alemanes llegaron a Przemysl y la noticia de que había comenzado el Holocausto para ellos se inició con persecuciones y la muerte de aproximadamente seiscientas personas. El 28 de septiembre, para cumplir con el pacto Ribbentrop-Molotov, los alemanes se retiraron del lado este del río San, que divide la ciudad, y ordenaron que todo judío que estuviera en la parte oeste debía ir al otro lado, so pena de muerte si se quedaba, aunque habían bombardeado el único puente peatonal entre ambas partes de la ciudad, por lo que quienes pudieron, lo hicieron a través de uno para trenes.

La comunidad judía de Przemysl quedó a merced de los rusos: recibidos con flores y con aplausos en las calles, pronto la alegría se transformó en preocupación, pues éstos comenzaron campañas de deportación de judíos, especialmente los hombres, para las estepas de Siberia. Asimismo, los soviéticos nacionalizaron todos los comercios, las tiendas y las pequeñas fábricas de la ciudad, mientras los artesanos iban «voluntariamente obligados» a constituir cooperativas. La pobreza de los judíos se hizo evidente, lo que facilitó la tarea de los alemanes cuando volvieron a tomar la otra orilla del río San el 22 de junio de 1941.

«Durante la ocupación rusa de Przemysl, mi esposa y yo decidimos irnos a Lémborg, a casa de mis padres, donde iba a trabajar durante un año en una imprenta», pero los alemanes iban ganando terreno, tras la violación de su pacto con los rusos.

La llegada de los alemanes supone un odio desmedido contra los judíos, que vieron matanzas, violaciones, humillaciones, y una población diezmada tan pronto entraban a las localidades judías, ante la mirada complacida de los pobladores cristianos, sobre todo los ucranianos, quienes se apresuraban a colaborar con los vencedores. «En ocasión de la celebración del héroe nacional de los ucranianos, éstos decidieron celebrarlo recogiendo a mil hombres judíos y nos hicieron pasar por todo el pueblo. La gente aplaudía porque sabía lo que nos esperaba y uno de ellos, a quien yo le había enseñado el oficio de impresor, me ayudó a escapar a casa de una antigua novia que tuve (...) Allí me quedé unos días, y como pude fui de vuelta a casa. Esa misma noche, decidimos ir de vuelta Przemysl, a casa de mi hermana Regina».

La decisión de volver a Przemysl no pudo ser más infortunada: allí los alemanes habían establecido un gueto, del mismo de donde salió para trabajar bajo las órdenes de Schwammburger.

SALTAR DEL TREN

Durante dieciocho meses, Stephan trabajó a las órdenes de Schwammburger, retratado por Aarón Freiwald y Martín Mendelsohn en el libro *The last Nazi* (El último nazi), donde se revela la crueldad empleada en la liquidación del gueto de Przemysl y de cómo fue condenado de por vida tras 40 años de vida en Argentina, adonde escapó con la ayuda de la Cruz Roja Internacional.

«Aquello literalmente era esclavitud», explica Stephan, pero el trabajo en la imprenta también le permitía valerse de las debilidades del sistema para obtener algo más de alimentos y llevárselos a su esposa Rosalía, quien habitaba con él en el campo. «Yo hacía muchos favores a los guardias, que querían que les hiciera impresiones de tarjetas, y ellos me pagaban con alimentos. (...) Yo era privilegiado».